

2.5. La civilización y la barbarie

Arturo Sánchez Sanz

El estatus de ciudadano y la institución jurídica de la ciudadanía se encuentran estrechamente vinculados a la democracia y como esta, son «invenciones» que los griegos dejaron en herencia a la humanidad. Con polis, los griegos expresaban una realidad geográfica y política que podemos describir con la fórmula de ciudad-estado: ciudad, porque el centro de una realidad como la de Atenas de los ss. v y iv a.C. estaba constituido por el núcleo urbano, dentro de los muros; estado, porque tenía características de autosuficiencia propias de una comunidad política-autónoma. Dentro y fuera de los muros, vivían también los esclavos, los extranjeros de paso, los extranjeros residentes, inclusive por varias generaciones: los metecos, con hijos y nietos que a menudo nacían y vivían en Atenas. Hay una serie de diferencias que reproducen en parte algunas de las mencionadas; las que existen entre el ciudadano y el no ciudadano, diferencias de género entre el ciudadano hombre y las ciudadanas mujeres, diferencias culturales entre el ciudadano y el bárbaro, o políticas entre los ciudadanos de una ciudad gobernada según diferentes sistemas políticos.

2.5.1. Esclavos en Atenas

En el s. v a.C., cualquier ciudadano, meteco o viajero podía encontrar esclavos públicos a cargo del orden en las calles de la

Cómo citar: Sánchez Sanz, Arturo. «La civilización y la barbarie». En *La Antigua Grecia hoy. De la ciudadanía y sus límites al «desarrollo sostenible»*, editado por Miriam Valdés Guía y Fernando Notario Pacheco, 173-192. Madrid: Ediciones Complutense, 2024. <https://dx.doi.org/10.5209/div.018.09>

ciudad, asociados al personal de cualquier santuario, realizando labores de inventario o, incluso si era necesario, oficiando como sacerdotes. Entre los ss. v-iv a.C., la polis ateniense contaba con una población estimada en torno a 250.000 habitantes. De ellos, en torno a 50.000 (en la víspera de la Guerra del Peloponeso, 30.000 en el s. iv y a inicios del s. v) serían considerados ciudadanos de pleno derecho (que junto con sus familias sumarían más de 120.000), frente a no menos de 70.000 metecos residentes en la ciudad y una cifra aún mayor de esclavos. En Atenas se estableció por decreto que cualquier extranjero residente durante más de un mes se convirtiera obligatoriamente en meteco, adscrito a un ciudadano ateniense como su *prostates* (patrón), de forma que fuera posible cobrarles impuestos adicionales (como el *metoikion*²⁰ cuyo impago se castigaba, precisamente, con la esclavitud (Aristóteles, *Política*, 59. 2; Demóstenes, 25.57).

Todos los esclavos eran individuos explotados como mano de obra, aunque algunos de ellos tuvieron la oportunidad de integrarse en la vida cotidiana de los ciudadanos de pleno derecho. La gran mayoría eran bárbaros nacidos en tierras lejanas, que habían caído en la esclavitud por vías diferentes. Algunos eran apresados por piratas y bandidos, capturados como botín de guerra o cautivos entre los soldados enemigos derrotados. Eran vendidos en grandes mercados y podían adquirirse para multitud de tareas, convirtiéndose en esclavos domésticos, trabajadores de la tierra, obreros, secretarios si habían recibido educación, etc. Un ateniense de clase media-alta tenía al menos doce esclavos: un portero, un cocinero, un pedagogo (que llevaba a los niños a la escuela) y varias sirvientas que se ocupaban de las tareas de la casa. El peor destino de todos era el de los que trabajaban en las minas, pues malvivían en condiciones miserables. Allí, en los períodos de mayor actividad pudo haber decenas de miles.

²⁰ Esquilo, *Suplicantes*, 605-10, 963; Lisias, 31. 9.

La mayor parte de los esclavos eran considerados como propiedad privada de sus amos, aunque en Atenas también existía la esclavitud pública. La figura de los *demosioi* alude a la institución de la esclavitud pública asumida por el Estado como medio indispensable para el correcto funcionamiento y pervivencia del sistema democrático. Los *demosioi* realizaban labores administrativas, funcionariales, etc., esenciales que se les encomendaba como alternativa a la actuación de ciudadanos en tareas poco reconocidas o, al contrario, altamente cualificadas y, por tanto, susceptibles de permitir la acumulación de poder (Texto 1). De ese modo, se pretendía evitar que el magistrado responsable cediera fácilmente a la corrupción, enriqueciéndose ilícitamente hasta el punto de albergar deseos de usurpar el poder. Los *demosioi* no eran ciudadanos, ni tampoco ejercían su función sin supervisión, lo que reducía el riesgo que suponía el ejercicio de determinadas magistraturas. Es más, en Atenas surgió un grupo inédito de *demosioi*, conocidos como *speusinioi*, sin equivalente en el mundo heleno y de vida efímera, compuesto por esclavos de origen escita a los que les encargaron diversas funciones relacionadas con la seguridad ciudadana, vigilancia, custodia, etc., que actuaban a las órdenes de diversos arcontes.

Los *demosioi*, término que aludía no solo a su condición (esclavos), sino a su función (personal al servicio de la ciudad), se emplearon para tareas muy diversas, aunque todas siempre relacionadas con el buen funcionamiento de la vida cívica en la polis. Por ello, existían grandes diferencias entre los *demosioi* y los esclavos privados, aun cuando su propia labor requería que ocuparan igualmente un lugar fuera de la comunidad. Si bien es cierto que la esclavitud suponía la pérdida de todo derecho, identidad y legitimidad, quienes se convertían en propiedad de otro hombre pasaban a formar parte de su familia como medio de integración, pero los *demosioi* ni siquiera adquirirían una nueva identidad como tal, pues su amo era la ciudad, cuya caracterización como entidad jurídica es mucho más compleja. Y, sin



Fig. 38. Arquero escita. Plato ático de figuras rojas procedente de Vulci (s. VI a.C.). Fuente: British Museum GR 18376-9.59.

embargo, gozaron de privilegios que sus homólogos nunca tuvieron, aunque pueda parecer un contrasentido si recordamos su condición.

La esclavitud no solo suponía un nuevo estatus legal, en realidad tenía mucho que ver con las condiciones de vida a las que debía someterse quien había perdido su libertad, asignándoles un lugar determinado en la estructura de producción. En el caso privado, por lo general solían ser muy precarias, aun dentro de un abanico amplio que dependía de la benevolencia y recursos a disposición de sus amos, pero en el caso de los *demosioi* se relacionaban principalmente con el aprecio generado por sus habilidades y conocimientos específicos, por lo que aquellos más va-

lorados podían aspirar a ciertos beneficios. Por si fuera poco, el régimen patrimonial que articula las relaciones entre el amo y su esclavo no operaba de la misma manera en el conjunto de la comunidad cívica y sus servidores públicos, pues a estos se les asignaba un salario a pesar de su condición.

Es posible considerar a los esclavos como los marginados por excelencia, pero no podemos olvidar que la existencia de los *demosioi* no era exclusiva de la polis ateniense, pues todo aparato administrativo intrínsecamente unido al ejercicio del poder requería su concurso, y el resto de ciudades que asumieron el sistema democrático no podían sustraerse a esa realidad. Lo que diferencia a la polis ática es que entre aquellos destinados a realizar labores de seguridad eligieron a esclavos de origen escita, famosos por su proverbial destreza con el arco. Para entender la presencia de estos bárbaros en las calles de Atenas, por si fuera poco armados, y encargados de la seguridad ciudadana (entre otras), es necesario incidir en la esclavitud pública como parte esencial del sistema democrático, y analizar cómo se instauró este tipo de institución. No en vano, el número de esclavos públicos (*demosioi*) ejerciendo sus funciones en Atenas durante el periodo clásico se estima entre 1.000-2.000.

Parte de la escasa información con la que contamos sobre sus orígenes procede de las fuentes epigráficas, que refieren la existencia de los *demiourgoi* ya a comienzos del periodo arcaico, aunque realmente no se trataba de esclavos a las órdenes del *demos*, pues su principal diferencia con los *demosioi* está relacionada con su condición jurídica. Eran especialistas de condición libre (ciudadanos en sus lugares de origen o itinerantes) que ponían sus habilidades o su talento al servicio del público. Estos trabajadores cualificados viajaban ofreciendo su capacitación y experiencia, en ocasiones solicitados por las comunidades cívicas, a cambio de contratos laborales por un periodo de tiempo variable pero generalmente prolongado, según sus necesidades. De ese modo, adquirirían estatus, atribuciones y dere-

chos otorgados por la ciudad para el ejercicio de sus funciones, recogidos y publicitados como protección.

Eran tan demandados como podía serlo la habilidad necesaria para desempeñar el oficio en cuestión, sobre todo cuando se requería el servicio de personal letrado y formado en el ejercicio de funciones públicas (*demosia*) de auditoría, inventario, registro, etc., es decir, *mnemones* («memorizadores»)²¹, escribanos, etc., pero también otros no menos importantes como médicos (Texto 2), consideradas todos ellos imprescindibles para el adecuado devenir de la vida cívica en la polis y el cuidado de sus ciudadanos, pero necesariamente en manos de personajes ajenos al contexto político por su condición de extranjeros y, por tanto, al sistema de magistraturas. No era frecuente contar con una gran cantidad de personal tan ampliamente formado, sobre todo cuando no se consideraba conveniente dejar esas tareas en manos de ciudadanos o cuando la mayoría de estos, así como el resto de la población, carecían de experiencia en esas labores, por lo que es fácil comprender por qué su apelativo deriva de aquellos a quienes «las ciudades buscaban sobre la tierra sin límites» (Texto 3).

Con el tiempo y el desarrollo de los sistemas democráticos con una mayor participación del *demos* en los asuntos políticos, se hizo necesario incorporar aún más personal cualificado que actuara al margen de los colegios de magistrados, pero sin poner en peligro su propia esencia, instaurándose de ese modo la esclavitud pública. No en vano, muchas funciones indispensables para la organización de las *poleis* no formaban parte de las competencias directas de los propios magistrados, por lo que, incluso en esos casos, quedaban excluidas del ámbito político.

Los ciudadanos eren elegibles para ocupar magistraturas en cualquiera de las instituciones que articulaban el sistema democrático, investidos de autoridad política, que rotaban anualmen-

²¹ Aristóteles, *Política*, 1321b34.

te. Esto hacía necesario instaurar un cuerpo administrativo capaz de asistirles, cuyas funciones se prolongan en el tiempo para dar estabilidad al sistema, agilizar la transición de los magistrados, colaborar en la realización de auditorías y, con ello, garantizar la buena marcha de la vida cívica. Solo el uso de esclavos en poder de la ciudad disipaba la posibilidad de que los *demiourgoi* empleados hasta ese momento decidieran emigrar cuando expiraran sus contratos, dada la libertad que les otorgaba su condición de hombres libres, abandonando sus funciones consideradas esenciales.

Los atenienses entendían la política como una noble actividad reservada en exclusiva a los ciudadanos, de modo que el conocimiento necesario para desempeñar determinadas funciones públicas se situaba deliberadamente fuera de ese ámbito no solo por las razones antes mencionadas, sino por la necesidad de establecer una clara diferenciación entre la posición y labores asignadas al esclavo en el ámbito público, con respecto de aquellas en poder de los hombres libres, y legitimar el carácter esclavista asumido por el Estado. Toda magistratura quedaba en manos de los ciudadanos, quienes asumían sus funciones por delegación de la ciudadanía en su conjunto y, por tanto, debían rendir cuentas ante el *demos* una vez concluido su mandato.

Para ello, se requería un elaborado aparato administrativo capaz de articular la actividad cívica sin resultar afectado por la constante renovación a la que estaban sometidas las magistraturas. A pesar de estructurarse como organismo dependiente de una entidad política superior, la esencia de la acción burocrática se oponía al ideal democrático por definición, por lo que debía quedar disociada del contexto político. Con esa finalidad, nada mejor que sentar sus bases en el estigma que representaban los *demosioi* por su propia condición, con respecto a los derechos y deberes de la propia ciudadanía. El uso de esclavos públicos pretendía garantizar la independencia de la voluntad del *demos* frente a cualquier posible injerencia que tuviera su

origen en los responsables de la administración, deliberadamente establecida al margen del sistema político. Tanto es así, que los helenos ni siquiera establecieron una definición para esta actividad, por otro lado esencial, desde ese momento vinculada sin remedio a la situación de exclusión que suponía la más absoluta alteridad.

Si bien es cierto que los helenos esperaban salvaguardar el sistema democrático mediante esta fórmula, no lo es menos que la especialización de los esclavos públicos estaba directamente relacionada con las funciones que debían desempeñar, y por tanto, no todos eran letrados eruditos. Muchas labores asignadas a los *demosioi* no requerían habilidades especiales, sino solo el



Fig. 39. Esclavo transportando muebles para un simposio. Pélice ateniense de figuras rojas (s. v a.C. Ashmolean Museum 14589184566). Fuente: Wikimedia Commons.

concurso de mano de obra semicualificada (como los asignados al *argurokopeion*, la casa de la moneda)²² o directamente no cualificada. Los integrantes de esta última categoría específica de *demosioi*, de hecho los más numerosos, recibían el apelativo de *ergatai*, a cargo de distintos magistrados como los *astynomoi* (se atestigua el caso de que siete de estos asistentes incluso fueron iniciados en los misterios de Deméter como personal asignado a su santuario²³, realizando labores de cuidado, limpieza, inventario de bienes consagrados, y hasta oficiando ritos si era necesario).

Todos ellos, invariablemente, recibían un salario por sus servicios, que lógicamente variaba en función de la importancia asignada a sus atribuciones y su capacitación, aunque durante el periodo clásico algunos llegaron a ser remunerados al nivel de los propios magistrados²⁴. Por supuesto, cuanto más importantes eran sus atribuciones mayores eran sus responsabilidades para cumplirlas adecuadamente, y estaban sujetos a castigo si cometían un error (intencionado o no) en el ejercicio de sus tareas, como el resto de esclavos (*douloi*), que se concretaba mediante la pena de flagelación.

Del mismo modo, su coste en los mercados de esclavos especializados también era proporcional a la tarea que debían desempeñar, donde a buen seguro distintas *poleis* pujarían por hacerse con los servicios de los más diestros en habilidades especialmente importantes, encareciendo aún más su precio. Tanto es así que, a mediados del s. iv a.C., Jenofonte creyó adivinar un lucrativo negocio para el Estado consistente en la compra masiva de esclavos en mercados mayoristas para su posterior reventa a los particulares de Atenas (Texto 4), aunque él

²² Escolio a Aristófanes, *Avíspas*, 1007 (Andócides, frag. 3.2).

²³ Cinco inicialmente, I. Eleusis 159, líneas 24-25 (336/335 o 333/332) = (K. Clinton, 2005-08. *Eleusis. The Inscriptions on Stone. Documents of the Sanctuary of the Goddesses and Public Documents of the Deme*, Athens), y dos más algunos años más tarde: IE 177, líneas 269-270 (329/328).

²⁴ IE 177, líneas 4-5; IE 159, línea 60. Loomis 1998: 11-12.

mismo deja entrever que siempre existía un latente peligro de rebelión por parte de los esclavos, dispuestos a luchar para recuperar su libertad (Texto 5). Realmente, su intención era conseguir de ese modo los beneficios necesarios para que la ciudad, por su parte, pudiera adquirir a los *demosioi* que necesitaba sin coste para el *demos*, empleando únicamente tales beneficios.

No en vano, participaban en la vida económica, administrativa, judicial, política (indirectamente) y religiosa de la ciudad, vinculados al orden y a la buena marcha de la actividad diaria. En muchos casos, muy probablemente ejercieron incluso con autoridad delegada por las propias autoridades cívicas directamente responsables, si no por derecho sí de facto (cuando aquellas no estaban presentes), además de encomendar parte de su fuerza de trabajo a los responsables religiosos. Los esclavos actuaban, así, como propiedad cívica asignada por delegación a distintos santuarios para cubrir sus necesidades a cargo del *demos*. En la Atenas clásica el sacerdocio se concebía como una magistratura, cuyos representantes actuaban como intermediarios entre el *demos* y las divinidades como oficiantes de los cultos cívicos. Por ese motivo, en principio no se explica fácilmente que tal responsabilidad a veces se encomendara a los *demosioi*, pues se requería la integridad plena del oficiante, por lo que solo se ha atestiguado de forma extraordinaria y bajo circunstancias específicas²⁵.

Como ya hemos comentado, los *demosioi* eran considerados esclavos que ocupaban una categoría menos clara jurídicamente que sus homólogos privados, pero contaban con mayores privilegios, y en muchos casos gozaban de una excelente consideración entre el *demos*. Al menos, así sucedía con aquellos que desempeñaban labores administrativas, que a partir del s. v a.C.

²⁵ En Delos (del 139 al 137 a.C.), los atenienses confiaron el sacerdocio del culto de Sarapis a un *demosios* durante dos años consecutivos. IE 2610, líneas 2-3. = (K. CLINTON (2005-08): *Eleusis. The Inscriptions on Stone. Documents of the Sanctuary of the Goddesses and Public Documents of the Deme*, Athens).

recibieron incluso el reconocimiento de ocupar la *proedria* (asientos reservados) en el Teatro de Dionisio²⁶ y en el s. iv a.C. su labor fue objeto de homenaje por parte del pueblo junto a los prítanos²⁷.

Sin embargo, la gran mayoría de esclavos eran adquiridos de forma privada, principalmente barbaros nacidos en tierras lejanas, que habían caído en la esclavitud por vías diferentes. Algunos eran apresados por piratas y bandidos, o bien eran capturados durante las frecuentes guerras, en las que mujeres y niños se convertían en un valioso botín. También podían ser vendidos por sus familias. Los traficantes de esclavos los llevaban a los grandes mercados de Éfeso y Bizancio, ciudades situadas en la periferia del mundo griego, desde donde eran conducidos hasta Atenas. Todos ellos desempeñaban muy diversas tareas, incluso sabemos que artesanos y comerciantes compraban al menos uno y le enseñaban su oficio con la esperanza de retirarse y vivir del trabajo de su esclavo en sus talleres. Las fuentes clásicas afirman que los tracios solían vender a sus compatriotas como esclavos, del mismo modo que hacían otros pueblos como los escitas, cuyas mujeres actuaron frecuentemente como matronas muy demandadas en Grecia (Texto 6).

También había numerosos esclavos domésticos. Se les incorporaba a la familia con el mismo ritual con el que se acogía a la novia: se les hacía sentar en el hogar y la dueña de la casa echaba sobre su cabeza higos y nueces. También se les daba un nombre. Por eso los esclavos eran enterrados en la sepultura familiar. Los amos podían conceder la libertad a sus esclavos con una simple declaración ante testigos; un esclavo también podía rescatar su persona gracias al peculio, esa pequeña cantidad de dinero que el amo le había permitido ir ahorrando, o bien por disposición testamentaria. Tras su libertad, se le consideraba

²⁶ IG I³ 1390.

²⁷ Decreto prítánico en 343/342 a.C. (Ágora 15. 37, línea 4), luego de forma regular a partir de 303/302 a.C. (Ágora 15. 62, col. 5, líneas 10-18).

como un meteco y normalmente quedaba obligado a permanecer al lado de su antiguo dueño mientras viviera o a cumplir ciertas disposiciones.

2.5.2. Los metecos

Eran hombres libres, extranjeros de nacimiento que residían en Atenas. Entre las distintas categorías sociales de los atenienses, los metecos («aquellos que han cambiado de casa») ocupaban el segundo lugar (tras los ciudadanos y solo por encima de los esclavos). Se trataba de extranjeros llegados a Atenas que debían cumplir una serie de obligaciones o, de lo contrario, pasarían a convertirse en esclavos. Los «turistas» también eran extranjeros, pero con la diferencia de que no disfrutaban de derechos durante su estancia.

El meteco no podía casarse con una ciudadana ateniense ni podía tener propiedades fundiarias. Tampoco tenía ningún derecho político. Pagaba un impuesto de residencia (*metoikon*), tenían un *prostates* ciudadano (patrón) y tenía la obligación de prestar servicio militar. Los metecos estaban repartidos en los distintos *demos* y eran numerosos en el artesanado y la industria, así como en el comercio. Con la ayuda de ellos se pudo conseguir parte del poderío económico de Atenas y de su progreso intelectual y artístico. Muchos metecos actuaban como remeros en los trirremes²⁸, percibiendo por ello un salario, y siendo muy apreciados por la habilidad que debían desarrollar para remar al unísono. Otros trabajaban en los mercados regentando negocios donde vendían distintos tipos de productos para la vida cotidiana, como vasijas, cántaros para el agua, el vino o el aceite, etc.

²⁸ Los trirremes se convirtieron en los barcos de guerra más conocidos de la Antigüedad, contaban con 170 remeros y varios infantes de marina que arrojaban sus flechas a los enemigos, tratando de embestir sus naves con el espolón de la proa para hundirlos. Ver el capítulo 1.2.



**Fig. 40. Metecos pesando sus mercancías. Ánfora ática de figuras negras (s. VI a.C., New York Metropolitan Museum).
Fuente: Wikimedia Commons.**

2.5.3. Bárbaros

Quizás hayas escuchado esta palabra, pero, ¿sabes lo que realmente significa? Su origen griego se refiere simplemente a «el que balbucea», en referencia a quienes no hablaban griego o latín, que hoy se ha convertido en definición de «grosero», «inculto», «tosco», pero que en la Antigüedad se refería a «ellos», los «otros», el «extranjero», aquel cuyo origen se encontraba lejos de Grecia, por definición aquellos que no eran los propios griegos, que representaban para ellos mismos el concepto de «civilización», frente a la barbarie. Tracios, escitas, galos, persas, ilirios, íberos, incluso los macedonios eran considerados pueblos bárbaros, aunque no existían reparos a la hora de contratarlos como mercenarios (Texto 7).

Los bárbaros (los «extranjeros» al mundo greco-romano) eran vistos como salvajes, incivilizados, portadores de todos los males

imaginables (Textos 8-14). Expresiones tan corrientes como «es un bárbaro», «es un vándalo», «esto es una barbaridad»²⁹, etc., las repetimos continuamente en nuestra vida cotidiana y nunca con significado positivo, sino todo lo contrario. Haciéndolo, estamos reproduciendo tópicos y clichés que se pierden en el tiempo y, en realidad, son ficticios. A ello ha contribuido la imagen que griegos y romanos ofrecieron de ellos, una visión completamente irreal, imaginaria, mítica, y realizada desde el desconocimiento más absoluto de cómo eran, cómo vivían y quiénes eran verdaderamente aquellas gentes que vivían lejos de su patria (Texto 15).

De hecho, los griegos consideraban como bárbaros a todos aquellos que no fueran griegos, pues entendían que el nivel cultural alcanzado por su propia civilización no era comparable. Con esa idea, toda diferencia cultural se menospreciaba deliberadamente para así engrandecer sus propias características, aquellas que les definían. Sirva de ejemplo indicar que los escitas y otros pueblos famosos por su destreza en el manejo del arco, eran considerados como cobardes por los helenos, ya que mataba a distancia, lejos del oponente, sin darle oportunidad de defenderse en un combate al estilo heroico.

No obstante, es interesante recordar que la palabra griega *xenos* se empleaba para designar al «extranjero» a la vez que al «huésped», lo que supone una concepción de lo ajeno mucho más heterogénea de lo que a primera vista podamos pensar. La existencia de el «Otro» supone una necesidad imperativa para la autodefinición, y los griegos se enorgullecían de poseer una cultura, leyes y costumbres que entendían superiores a las de aquellos por oposición. Para la cultura griega, el bárbaro no era solo aquel que hablaba una lengua diferente a la propia, sino aquel que pertenecía a una cultura ajena y, por tanto, intrínsecamente

²⁹ Los griegos consideraban la barba como un signo de virilidad y no comenzaron a rasurarla hasta la época de Alejandro Magno, cuando este ordenó a sus soldados que se las cortaran para evitar que los persas trataran de agarrarlas para vencerles en combate.

diferente, de manera que lo eran en mayor grado cuanto mayor cantidad de aspectos lo hicieran totalmente distinto. Había que buscar recursos, tierras, pero también conocer al «Otro» para conocerse a sí mismos. No en vano no todos los comentarios sobre los bárbaros eran negativos, ya que parece que no pocos ilustrados helenos consideraban que el origen de la propia filosofía se encontraba lejos de Grecia (Texto 16).



Fig. 41. Escultura romana de original griego «Galo moribundo» (s. III a.C.). Fuente: Museos Capitolinos, Roma, S 747.

Aun cuando se entendía que la mayoría de los bárbaros habitaban más allá de los límites del mundo conocido, en parajes casi míticos con altas montañas o desiertos interminables, que comían carne cruda o, incluso, practicaban el canibalismo, interactuaban medio desnudos y carecían de lenguaje (al menos comprensible), esos mismos atributos se usaban al mismo tiempo para dignificarlos, dando origen al «mito del buen salvaje», ya que entendían que su vida transcurría en mayor contacto con la naturaleza (en el *agros*, no en la *polis*), de forma incorrupta, lo que contribuía a ennoblecerles.

Textos

Jenofonte, *Hierón*, 4.3 (Trad. O. Guntiñas Tuñón) (Texto 1)

Ciertamente, también la patria significa mucho para los demás hombres, pues los ciudadanos se defienden mutuamente con sus lanzas de los esclavos.

Heródoto, 5.131 (Trad. C. Schrader) (Texto 2)

Por cierto que las circunstancias merced a las que el tal Democedes, que procedía de Crotón, había entrado en contacto con Policrates fueron las siguientes. En Crotón vivía a mal con su padre, un hombre de un carácter desabrido; como no podía aguantarlo, lo abandonó y se fue a Egina. Una vez establecido en dicha isla, en su primer año de estancia superó a los demás médicos, a pesar de que no contaba con pertenencia alguna y de que no poseía ni uno solo de los útiles propios del oficio.

Homero, *Odisea*, 17. 382 (Trad. J.M. Pavón) (Texto 3)

A los que tienen un arte en servicio de todos, ya adivino, ya médico, ya constructor de viviendas o inspirado cantor que re Cree con su canto. Son estos los varones que vas a buscar hasta el fin de la tierra.

Jenofonte, *Sobre las rentas*, 17 (Trad. O. Guntiñas Tuñón) (Texto 4)

Si se intentara lo que yo propongo, lo único nuevo sería el que el Estado adquiriese esclavos públicos hasta llegar a tres por cada ateniense, igual que lo hicieron los particulares procurándose una fuente de ingresos inagotable. En cuanto a nuestras afirmaciones, estúdielas quien quiera una por una y juzgue después sobre su posibilidad. Es evidente que la comunidad podría procurar mejor que los particulares el precio de los esclavos. Al menos al Consejo le es fácil proclamar por heraldo que aporte esclavos el que quiera y comprarlos luego. Y, una vez

hecho el trato, ¿es lógico que se les pague menos por ser de la ciudad, que por ser de los particulares, si se los va a tener en las mismas condiciones? Además, también se paga alquiler por los recintos sagrados y se compran casas y cargos al Estado.

Jenofonte, *Hierón*, 6.5 (Trad. O. Guntiñas Tuñón) (Texto 5)

Además, la confianza más en extranjeros que en ciudadanos, más en bárbaros que en griegos, el ansia de tener a los libres como esclavos y la obligación de hacer a los esclavos libres, ¿no crees que todo ello es prueba de un alma aterrorizada?

Heródoto, 5.6 (Trad. C. Schrader) (Texto 6)

He aquí ahora una norma que rige entre los demás tracios: ponen en venta a sus hijos, exportándolos. Además, no mantienen a sus doncellas a buen recaudo, sino que les permiten mantener relaciones con los hombres, a su antojo. En cambio, vigilan celosamente a sus esposas (a estas últimas se las compran a sus padres a un elevado precio). Llevar tatuajes está considerado como un signo de nobleza.

Tucídides, 6.90 (Trad. J.J. Torres Esberranch) (Texto 7)

[...] Nuestro objetivo ya era atacar al Peloponeso, trayendo con nosotros todas las fuerzas griegas que se nos hubieran unido allí, contratando como mercenarios a muchos bárbaros, iberos y otros pueblos reconocidos como los más belicosos de los bárbaros de aquellas tierras, y construyendo en fin muchas trirremes [...].

Tucídides, 3.94 (Trad. J.J. Torres Esberranch) (Texto 8)

(Los bárbaros) [...] hablan una lengua muy difícil de entender y comen, según se dice, carne cruda.

Tucídides, 4.126 (Trad. J.J. Torres Esberranch) (Texto 9)

(Sobre los macedonios) Así, estos bárbaros ofrecen unas perspectivas terribles a quien no los conoce; pues causan impre-

sión por el número de hombres que se presentan a la vista y son irresistibles por el estruendo de su griterío, y su manera de blandir inútilmente sus armas produce un cierto efecto de amenaza.

Estrabón, 9.2 (Trad. J.J. Torres Esberranch) (Texto 10)

[...] En el trato con los bárbaros es más importante la fuerza que la razón.

Estrabón, 1.9 (Trad. J.J. Torres Esberranch) (Texto 11)

Al final de su tratado, Eratóstenes, que no elogia precisamente a los que dividen en dos la totalidad de la población humana en griegos y bárbaros, ni a los que exhortaron a Alejandro a tratar a los griegos como amigos y a los bárbaros como enemigos, afirma que es mejor hacer esta división según la hombría de bien o la maldad, pues muchos de los griegos son malos y muchos de los bárbaros son educados, como los indios y los de Ariane, y, también, los romanos y los carquedonios, que se administran políticamente de manera tan admirable. Y que por ello precisamente Alejandro, sin hacer caso a los que le exhortaban, acogió e hizo favores a cuantos hombres de mérito le fue posible.

Isócrates, *Cartas*, 8.42 (Trad. J.M. Guzmán Hermida) (Texto 12)

Nuestros antepasados emplearon su vida guerreando con los bárbaros en provecho de los griegos.

Isócrates, *Cartas*, 5.124-125 (Trad. J.M. Guzmán Hermida) (Texto 13)

Porque ahora ¿quién no se admiraría lógicamente por lo sucedido y nos despreciaría porque entre los bárbaros que hemos considerado cobardes, inexpertos en la guerra y corrompidos por el lujo, hayan surgido hombres que pretendieron dominar Grecia, mientras que ningún griego ha tenido la ambición de intentar que nosotros fuéramos señores de Asia? No ha sido así, sino que tan lejos de ellos hemos quedado, que los bárbaros no

vacilaron en dar ejemplo de su odio contra los griegos, y nosotros, en cambio, ni nos atrevemos a defendernos por los males que sufrimos.

Isócrates, *Cartas*, 12.102 (Trad. J.M. Guzmán Hermida) (Texto 14)

Cuando existía entre nosotros un odio común contra los bárbaros y sus reyes, nosotros, que estuvimos en muchas guerras, que alguna vez caímos en enormes desgracias, que vimos con frecuencia saqueada y destruida nuestra tierra, nunca confiamos en la amistad ni en la alianza con los bárbaros, sino que, por sus conspiraciones contra los griegos, no dejamos de odiarlos más que a quienes nos hacen daño en el presente.

Pausanias, 1.21.5 (Trad. M.C. Herrero Ingelmo) (Texto 15). Sobre el santuario de Asclepio en Atenas:

Allí, entre otras cosas, está una coraza de los sármatas. Si uno la observa, dirá que los bárbaros no son de ningún modo menos hábiles en las obras de arte que los griegos; en efecto, los sármatas no tienen hierro extraído ni lo importan, pues entre los bárbaros de esta parte son los más aislados. Para hacer frente a este problema, ellos han hecho invenciones: sobre las lanzas ponen puntas de hueso en lugar de hierro, arcos y flechas de madera (de cornejo), y puntas de hueso sobre las flechas; y, rodeando con cuerdas a los enemigos con los que se encuentran, hacen dar la vuelta a los caballos y derriban a los que están cogidos en las cuerdas.

Diógenes Laercio, 1.1 (Trad. C. García Gual) (Texto 16)

*Dicen algunos que la Filosofía, excepto el nombre, tuvo su origen entre los bárbaros; pues como dicen Aristóteles en su *Mágico*, y *Soción*, en el libro XXIII De las sucesiones, fueron los magos sus inventores entre los persas; los caldeos entre los asirios y babilonios; los gimnosofistas entre los indios; y entre los celtas y galos, los druidas, con los llamados semnoteos.*

Para profundizar

- Brulé, Pierre y Jacques Oulhhen. *Esclavage, guerre, économie en Grèce ancienne*. Rennes: Presses universitaires de Rennes, 1997.
- Forsdyke, Sara. *Slaves and Slavery in Ancient Greece*. Cambridge: Cambridge University Press, 2021.
- Garlan, Yvon. *Les Esclaves en Grèce Ancienne*. París: La Découvert, 1989.
- Ismard, Pauline. *Democracy's slaves: A Political History of Ancient Greece*. Cambridge: Harvard University Press, 2017.
- Loomis, William. *Wages, Welfare Costs and Inflation in Classical Athens*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1998.
- Morales, Fabio. «Metics, slaves and citizens in classical Athens». En *Ancient History from Below: Subaltern Experiences and Actions in Context*, editado por Cyril Courrier y Julio Cesar Magalhães de Oliveira, 195-215. Oxford-Nueva York: Routledge, vol. 1, 2022.
- Sánchez Sanz, Arturo. *El poder naval de Grecia en el s. v a.C.* Zaragoza: HRM Ediciones, 2015.
- Sánchez Sanz, Arturo. «Cimerios, amazonas y el arte griego». *Studia Histórica. Historia Antigua* 39 (2021): 5-26.
- Sánchez Sanz, Arturo. «Ni ciudadanos, ni siquiera helenos. Esclavos públicos escitas a cargo de la seguridad (eukosmía) en la Atenas del s. v a.C.». *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna* 57 (2023): 7-32.
- Sargent, Rachel Louisa. *The Size of the Slave Population at Athens during the Fifth and Fourth Centuries BC*. Roma: L'Erma di Bretschneider, 1971.
- Valdés Guía, Miriam. «Mercado de esclavos en Atenas arcaica». En *Routes et Marchés d'esclaves. Actes du Groupe de recherche sur l'esclavage dans l'antiquité* 26 (2002): 275-319.
- Vidal-Naquet, Pierre. *Les Femmes, les esclaves, les artisans*. París: La Découvert, 2005.
- Vernant, Jean Pierre. *Travail et esclavage en Grèce ancienne*. Bruselas: Editions Complexe, 2006.